

# La Piedrita

Por "La Piedrita"

## Mención

Cierro los ojos y retrocedo veinte años. Mi madre, siempre trabajando, nunca me atendía; cuando no estaba trabajando quería descansar, pues siempre llegaba agotada. Sí madre Yolanda: recuerdo, por lo tanto soy. Ahora tengo veinticinco años y sigo pensando que somos lo que recordamos. Pero si somos lo que recordamos... aquella niña que yo era ¿murió?, porque yo la olvidé. Sólo tengo escasos recuerdos de una niña que nació un Día de San Valentín de la década del setenta... Del mismo modo que ahora, quizás, empiezo a morir porque un futuro ya no puedo retener en la mano.

¿Por qué he pensado eso? Andaba perfectamente hasta que se presentó un pensamiento acerca de la muerte y ahora mi corazón late con violencia. Basta, basta, recuerdo lo consolador que era cerrar los ojos, abrirlos y saber que ahí estaba tu madre-abuela o alguna tía. Si puedo recordar todo, y tan claramente, entonces cállate corazón, cálmate, no tienes nada que temer. Aún estás latiendo y percibes el calor que irradian tus venas.

Digo esto a mi corazón como se lo diría a una persona muy idiota. Le digo que es un corazón perfectamente normal: sólo actúa así por ansiedad. Le digo que no me sorprende así después de recordar los sucesos que me tienen aquí, en este cautiverio. Pero todo eso quedó saldado, ya lo he meditado y quedé en paz. Estoy enamorada, lo único que no tengo cerca es a mis tres hijos, que es lo que me duele, pero ya los tendré, de eso se encarga Dios. Lo cierto es que si los tuviera cerca de mí, mi corazón no latiría así de rápido, porque el verdadero motivo por el que estoy inquieta es por ellos. Todo el día he estado confundida, por eso siento ese pánico ante la idea de recordar. La cosa empezó ayer

en la tarde cuando me animaron a escribir la historia de mi vida. Eso inició todo, apostaría que eso es lo que me tiene dando tantas vueltas antes de empezar. Sé que si pongo a trabajar la memoria recordaré pensamientos aislados, palabras y hechos que me ocurrieron y marcaron mi vida. Voy a intentar relatar algunos hechos de mi vida, aunque se presentará fragmentaria y borrosa, como un álbum de fotografías, o algún cuaderno de notas olvidados al fondo de un cajón. Lo que recordaré de mi vida será algún filme, pequeño y falso; la versión mía de lo que eran mis padres, los lugares en los que he vivido, los nombres de algunas personas, la fisonomía de los allegados. Sé que esto no dará ninguna idea de lo que siento en este momento (o de lo que sufro), o de lo que pienso de mi historia con Antonio.

Depresión. No debo pensar en Antonio. Primero debo empezar por recordar mi infancia. Mi madre Yolanda se fue a trabajar a los Estados Unidos cuando yo era muy pequeña. Mi padre es americano, un "original O.K., O.K.". Fui una niña sin atención porque mi madre era muy chambeadora, por eso, gracias a Dios nunca me faltó nada... Mi madre-abuela, María de la Luz Cárdenas, fue quien me crió, ella era muy cariñosa y sí me ponía mucha atención, de hecho hasta me consentía. Empecé a tomarle mucho cariño, al grado de que ya no quise irme con mi mamá Yolanda. A mi madre-abuela, opté por decirle solamente mamá, porque yo oía que todos mis tíos y tías así le decían. Cuando comencé a ir a la escuela ella me tuvo que registrar a su nombre, porque tenía muchos problemas a la hora de inscribirme: cada vez mamá Yolanda tenía que venir de tan lejos para hacer los trámites. Por eso no hubo ningún problema y me cambiaron los apellidos. Recuerdo que un día mi abuela me dijo: —Vamos a ver a Yolanda, —y ya estando allí, me dio la desagradable sorpresa de que me quería dejar para que me pagara los estudios y fuera alguien en la vida; mi madre-abuela quería que estudiara para secretaria bilingüe. Allá me dejó unos días, pero yo me la pasaba llorar y llorar y dejé de comer, mi madre-abuela se vio en la necesidad de ir por mí. Mamá Yolanda le telefona, llorando, a mi abuela y le dijo:

—Llévesela, porque si no lo hace se me va a morir de pura tristeza, a mí me hubiera gustado que estudiara, la niña quiere lo bueno pero no le gusta batallar.

Mamá Yolanda me cuestionó que cómo me iba a ganar la vida cuando estuviera grande. Recuerdo que yo chiquitilla le respondí:

—Honradamente, mamá, quiero ganar mucho dinero, pero yo quiero ser mi propio patrón, porque así cuando yo quiera trabajar, trabajaré, a la hora que yo quiera, y cuando yo quiera ir.

Mi madre Yolanda me preguntó que si me gustaría vender algo, le dije que sí; y nos pusimos de acuerdo para que yo vendiera zapatos y ropa nueva; esto le aportó una gran cantidad de dólares a mamá-abuela. Así nos fuimos a León, Guanajuato, y nos hicimos de mercancía para vestir y calzar, y empezamos a venderla en abonos. Yo estaba feliz porque el negocio funcionaba muy bien. También vendía vestidos que mi tía Graciela me confeccionaba. Los modelos los sacaba de revistas de moda; ella compraba la tela y el material necesario, yo le vendía todo. Mi abuela me recomendaba:

—Tienes que tratar bien a la gente y hablarles con modo. —Esto para mí no era difícil, pues tengo el don de gente. Siempre llegaba a la casa con dinero y mi madre-abuela me preguntaba que cómo conseguía a la clientela. Yo le narraba:

—Bueno, bien fácil. Llego y pregunto si hay gente; luego empiezo a bromear. —Como yo soy muy bromista y juguetona hacía reír a la gente, luego les ofrecía la mercancía y les aventaba un “rollo”. Todo esto lo hacía en mi primera adolescencia. Así transcurrieron los años hasta que cumplí quince años; me hicieron mi fiesta de cumpleaños, ¡estuvo en grande! Apenas pasó una semana de mi festejo cuando conocí a un muchacho muy presentable, con facciones que me gustaron, tenía los ojos pardos y el cabello crespo. Él tenía veintiuno y yo apenas quince años. Era robusto y velludo de su pecho y cuerpo; muy amable conmigo, detallista y educado. Bueno, me convenció, me pidió que nos hiciéramos novios y yo le contesté que... Sí. Pero le expuse los detalles: número uno, tenía que sacar permiso con mi madre-abuela y con un tío que es pastor, no de ovejas, sino de la iglesia, porque nosotros somos cristianos; y número dos, él también tenía que hacerse cristiano, de otra manera iba a ser muy difícil y lo iba a sentir mucho, pero si él no se hacía de nuestra religión las cosas no iban a funcionar.

Apenas habíamos cumplido un año de novios y mi madre-abuela habló muy seriamente con Antonio. Le dijo:

—Toño, creo que ya es tiempo de que se decidan: ¿se van a casar o no?, tú ya estás grandecito, ya cumpliste veintidós; creo que ya sabes lo que quieres.

—Claro, señora, hoy mismo voy a hablar con mis padres, para que vengan a pedir la mano —fue lo que contestó.

A la semana vinieron mis futuros suegros desde León, Guanajuato, me pidieron formalmente y me casé por el civil y la iglesia. Eso fue cuando yo tenía dieciséis años y medio. Yo era feliz y estaba llena de ilusiones; estaba contenta de que mi primer novio se había convertido en mi esposo. Di gracias a Dios por haber cumplido los deseos de mi madre-abuela y no haber salido embarazada, u otra cosa de qué avergonzarme el día de mañana; quería darles a mis hijos un bonito ejemplo.

Depresión. Nada más de acordarme dónde estoy escribiendo esto, me entristece.

Nos fuimos de luna de miel a León; fue tan hermoso convertirme en una señora... También cuando me dieron la noticia de que estaba encinta y cuando me anunciaron que iba a ser varoncito. Mi esposo y yo éramos muy felices; cuando nació le pusimos José Antonio. Luego quedé otra vez preñada y tuve una niña, le pusimos Erika Elizabeth. Al paso del tiempo, decidimos tener tres hijos y volví a encargar a otro bebé; un varoncito, nuevamente, le pusimos Raúl y le decíamos Raulito, de cariño.

Mi esposo siempre fumaba marihuana "de borreguita", todo eso yo se lo perdonaba porque lo quería mucho, me gustaba y además era el padre de mis hijos. Siempre fue muy trabajador, nunca me faltaba nada. Pero un día, de repente, empezó a ganar mucho dinero y eso ya no me gustó. Ya no llegaba temprano a la casa. De repente no iba hasta una semana, él se iba en la camioneta y a mí me dejaba el carro. Cuando le pedía explicaciones, lo único que me ganaba era una golpiza brutal.

Cuando terminaba de pintar los muebles con laca brillante, marihuano y con las "tecatés" que se tomaba, de repente empezaba a alucinar y a ver visiones. Me amenazaba y me levantaba falsos; me daba unas golpizas de bestia. Cuando se le bajaba el efecto me pedía perdón; llorando me

decía que no era él, que el maldito vicio lo hacía así. Yo le recomendaba que si me quería a mí y a sus hijos que se encomendara a Dios para que le quitara el vicio. —Porque ya no aguanto más, papi, —le rogaba.

Sexualmente hacía mal uso de mí, me tenía llena de cicatrices; siempre estaba mariguano y apestoso a Tecate. Un día discutimos por una enfermedad que me pegó, porque me introducía su miembro hasta la garganta, casi hasta me ahogaba. Hasta perdí la voz, no podía comer y me dio una fiebre muy alta. Me sentí muy humillada cuando el doctor me dijo que me había afectado la garganta, y lo calificó de salvaje. También un día de esos llegó golpeando a mis hijos de tres y cuatro años. Me colmó la paciencia y le pedí el divorcio. Ese día lo discutimos temprano, se salió muy enojado y se fue en mi carro. Regresó hasta la noche y gritándome me dijo:

—Ven para acá, perra maldita, no te voy a dar nunca el divorcio. —Yo me di la media vuelta, me fui por mis hijos y le dije que me iba. En eso me agarró del cuello y sacó de la bolsa del pantalón una pistola, calibre 25 (número de serie 1384412). Me desnudó, me la metió en la vagina y me dijo:

—Aquí te la voy a descargar. Vas a ser toda mía y de nadie más. —Yo me asusté mucho, temblando le grité:

—No, no, no... papito, no lo hagas, yo soy la madre de tus hijos; no me voy a ir a ningún lado y olvida lo del divorcio. ¿O.K.?

Ese día lo complací en todas sus perversiones sexuales. En plena relación perdí el control porque me volvió a amenazar:

—Si te largas, todo mi coraje lo voy a descargar en tu pinche abuela, te la mato. ¿Me estás oyendo?, ¿me estás oyendo?

—Ay, ay... sí, sí, sí te estoy escuchando.

Amenazada, asustada y... violada, perdí el control. Cuando él se estaba quedando dormido, pasó por mi cabeza cómo quitarle la pistola. Pensé en darle un susto; ardía de coraje y de impotencia; imaginé que le dejaría caer una piedra en la cabeza. Pero me arrepentía, y pensaba: no, ¿cómo?, si es mi esposo. Pero me obligó el miedo que sentía y le dejé caer una piedrota en su cabeza mientras él dormía.

Lo juro por mis hijos que yo no quería hacerlo. Me fui corriendo a casa de mamá-abuela y le pedí que me cuidara a los niños. Luego llamé a la Cruz Verde, pero mi esposo no se dejaba atender. Yo le insistí a los camilleros que lo sacaran y lo llevaran al hospital para que lo curaran. Me delaté, les expliqué que yo lo había golpeado porque él me andaba matando. Sí. Me entregué a la policía.

Ahora vivo en el penal del Topo Chico. Tengo tres años y un mes internada. Yo soy muy famosa aquí, me apodaron "La Piedrita". Incluso la historia de mi vida la publicaron en una revista internacional. Una vez vino aquí una escritora y le conté mi vida, ella la hizo novela o relato, o no sé qué, pero la metió a un concurso de literatura y ganó. A mí nunca me pidió permiso, ni me dijo nada. Pero una interna lo leyó y me lo comentó.

Hasta ahorita lo único que he tenido son amigos, nada serio, conocidos sin conyugal. Le estoy guardando luto a mi esposo. Aunque no se lo merece así me lo dicta la costumbre. Era un maniático, un psicópata, yo no entendía nada de esos términos y ahora los conozco porque los aprendí de los doctores. Era un enfermo mental, que en vida me dio una vida de perro y, aún de muerto, me hace la vida miserable y pesada: por él estoy privada de mi libertad. Me siento tan triste y deprimida. Me siento como una casa vieja que se está cayendo en pedazos. Yo, siempre tan contenta y risueña, ahora me siento como una anciana de noventa y cinco años. Desgracié mi vida por el miserable miedo que me invadió; por haber perdido los cinco sentidos, por haber perdido los estribos, por haber estallado y defenderme: por estar harta. Nunca pensé que en unos minutos le iba a quitar la vida a mi marido, me cegó el miedo, sentí pánico. Nunca en mi vida había visto una pistola tan cerca y mucho menos introducida en mi cuerpo. Cuando supe que mi esposo había fallecido caí en un shock emocional; me golpeaba mis manos, la cara. Recordaba todo el daño que me había hecho mi esposo, lo veía todo lleno de sangre y vomitándola. Siempre lo soñaba así. Estuve en tratamiento psicológico por dos años. Gracias a Dios y al doctor Antonio Castilla y a la ayuda del jefe de seguridad del penal no me encerraron en una celda separada, porque me estaba volviendo loca. También gracias

a las celadoras que me apoyaron mucho. Ya salí de esa depresión. Pero ahora me aqueja otra cosa, mis hijos. Mis tres hijos.

Depresión. Actualmente mis hijos están con mi madre-abuela, aunque ella está ya muy anciana. Mis hijos, de seis y siete años, viven con ella; el mayor no quiere a nadie y duerme en la calle. Vive en la calle desde que me internaron aquí. Eso se lo debo a mi esposo, que era un vicioso y a la sociedad que me condenó a veinticinco años de cárcel, pues ni siquiera mis suegros piden nada en contra mía. Bien, esta es la historia de una niña cristiana que se casó, sin saber, con un vicioso y ahora tiene que pasar la vida en la cárcel. Sus hijos sufren la ausencia de la niña-madre; me duele que no disfruten de su niñez y crecerán como unos amargados.

En cuanto a mí, termino con una poesía para terminar de contar mi vida:

Traía un abogado particular  
y lo único que me consiguió  
fueron quince años de prisión;  
sin instinto promoví la apelación,  
sin dinero,  
me puse en manos de uno de "oficio"  
y me aumentaron dos lustros más.

Ahora tendré que celebrar mi aniversario de plata  
aquí, en la jaula...

Sentí que yo misma había desgraciado mi vida,  
invadiéndola de miedos.

Desde el día que me dijeron:

—Tu esposo ha muerto, —me he convertido en  
una paranoica profesional.

Por largo tiempo viví en depresión,



intenté tres veces finiquitar  
mi vida y nunca lo logré.

Y así, sin ganas de vivir  
anduve en muchos problemas,  
no paré  
hasta que me llevaron con el jefe de seguridad  
y me sermoneaba.

Mi respuesta era:

—Ante mi destino,  
mi deseo es conocer la muerte  
(no lo entienden, nunca lo entenderán).

Belisario respondía:

—Búsquese un muchacho pa'que no se sienta sola.

Durante tres años tres meses  
tuve puros amigos  
que "canjiaba" para el apoyo económico.  
De pronto, se presentó Isaí en mi vida  
un toluqueño que me enviaba comida sabrosa,  
de paso me daba dinero  
y me invitaba al cine.

Me empezó a hablar hermoso.

Tramitamos permiso para que entrara  
al patio de mujeres a verme.

Me habló de su familia y me dijo:

—Son cristianos  
si quieres pide referencias de mí

a mi madre o a Ruth, mi hermana.  
Soltero soy,  
sin compromisos,  
mi único vicio eres tú.

Desde entonces,  
Isaí y yo nos hicimos novios  
y llevamos una relación bonita.  
Hasta ahorita vamos bien.  
Me asegura que si él sale libre  
vendrá puntualmente a verme.  
O que si lo decido nos iríamos a vivir a las Islas Marías  
o, que pagaría, minuto a minuto  
la sentencia conmigo.  
Su "tirada" es que nos casemos  
y formar una familia conmigo,  
incluyendo los tres hijos que Dios me dio.  
A pesar de todo, soy muy feliz.  
Pienso que esto que vivo es un poema  
y que lo que vivo es poesía.

"La Piedrita"

Centro Preventivo de Readaptación Social  
Topo Chico Monterrey, Nuevo León